

EL DUÑO DEL MAR

JULIE JOHNSON

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS

*Para los signos de agua, que lo sienten todo
con la fuerza de un mar tormentoso.*

LEYENDA

GEOGRAFÍA

- | | |
|---------------------|------------------------|
| ① Odrensenada | ⑦ Abismo Rojo |
| ② Bosque Abandonado | ⑧ Arboleda Lucestela |
| ③ Puente Deshelado | ⑨ Estepasombra |
| ④ Estrecho Aviano | ⑩ Llanuras de Hollin |
| ⑤ El Valle | ⑪ Desierto de la Vaina |
| ⑥ Ciénaga Fangosapo | ⑫ Planicies Aullantes |

CIUDADES

- | | |
|---------------------|-------------------|
| ① Puerto Barlovento | ⑥ Fuerte Acrino |
| ② Puerto Sotavento | ⑦ Hylios |
| ③ Caeldera | ⑧ Pozoacebo |
| ④ Vintare | ⑨ Bellmere |
| ⑤ Friacruz | ⑩ Fuerte Symetria |

ANWYVN



PRÓLOGO

PORTADORA DE LUZ
Canción de batalla de Caeldera

Brillan las hogueras para Festaflama,
la larga noche a celebrar nos llama.
Mas el negro cielo rojo se tornó
cuando nuestra magia de pronto flaqueó.

Acuden enemigos pequeños y gigantes
dispuestos a matarnos con hachas cortantes.
Sin flechas ni ballestas estamos indefensos
ante estos diablos de poderes inmensos.

Mas portadora de luz, tejedora del viento,
vino a socorrernos en nuestro tormento.
Rhya, la valiente, la tormentosa,
de pálida melena y magia poderosa.

Sus vientos con los gigantes arrasaban,
y sus rayos el alba ya anunciaban.
Por más tiempo que haya de pasar,
Caeldera a su heroína habrá de recordar.

CAPÍTULO UNO



El picaporte de metal me abrasa la palma de la mano, una apabullante señal de peligro. Una señal que yo ignoro.

Entro en la sala del trono y por poco no caigo redonda al suelo. El aire está caliente como un horno y el calor es una sacudida que contrasta con el frío del pasillo. En mi pecho, mi marca de Vestigio arde con un frío contradictorio; se despierta en respuesta a la vibración mágica que hay en el aire. Aquí la magia es densa como la melaza, una neblina de tono bermellón que impregna todo el espacio.

Las puertas se cierran detrás de mí con un chasquido resuelto. El sonido me da ganas de echarme a correr por donde vine. No quiero estar aquí. En realidad, preferiría estar en cualquier otra parte, teniendo en cuenta la hostil recepción que sin duda están a punto de brindarme. Sin embargo, el recuerdo de la profunda voz de Mabon retumba en mi cabeza y me implora que lo intente:

«Quizá esta vez puedas convencerlo.»

«Si hay alguien que puede conseguirlo, eres tú.»

«Por favor, Rhya. Sabes que no te lo pediría si no tuviera razones para ello; no quiero que te sientas obligada a menos que...»

Respiro hondo e intento llenarme los pulmones de aire, con dificultad. Paladeo un inconfundible dejo de poder elemental. Llamas y cenizas que se ciernen sobre mí desde todas partes. Mis rodillas amenazan con ceder mientras descendo una breve escalinata de piedra que lleva hasta el resplandeciente suelo.

Excavada en las profundidades de la tierra, esta cámara cavernosa se salvó de la ira de los gigantes de hielo que arrasaron Caeldera hace dos meses. A pesar de que el resto de la ciudad es una ruina irreconocible compuesta de cristales y escombros —tejados derrumbados a causa de los enormes peñascos que llovieron sobre ellos, ventanas de escaparates hechas añicos a golpes de mangos de hacha, columnas de fachadas reducidas a polvo—, el salón del trono sigue estando tal y como yo lo recordaba: piedra oscura de lava pura y petrificada, recorrida por vetas rojas; enormes columnas con fuego enjaulado en la base que sostienen el peso del alto techo y fosos de llamas que recorren el perímetro del suelo y se extienden hasta la pared opuesta.

Pero aquí no hay gente.

Durante la noche de Festaflama, este lugar estuvo repleto de personas apiñadas hombro con hombro que estiraban el cuello para disfrutar del mejor ángulo desde el que ver la ceremonia de recarga de las protecciones mágicas. Ahora está incluso más vacío que las antaño ajetreadas tiendas de la calle Alta. Mis pisadas provocan ecos que resuenan tan fuertes como disparos de cañones al recorrer el pulido pasillo que divide en dos la estancia.

En el pedestal elevado, el asiento de senescal que ocupó la reina Vanora durante su reinado está ahora vacío. Para haber gobernado durante tanto tiempo, y con tantos alardes, la partida de Vanora de este mundo fue decididamente burda. Quedó aplastada por completo en su dorado salón de baile, al igual que muchos otros. Luego fue reducida a cenizas junto con sus súbditos más plebeyos en la enorme pira funeraria que se levantó frente a las murallas de la ciudad, una semana después de la batalla.

De haber estado allí para presenciarlo en vida, Vanora habría echado humo ante la indignidad que suponía compartir con el

pueblo sus ritos funerarios. No hubo toque de cornetas ni honrosas elegías en su nombre. No se colocaron flores exóticas ni se encargó hacer lujosos retratos. Pero claro, en estos días, nadie tiene ganas de grandes eventos. Ni siquiera por una reina muerta.

Mis ojos se desplazan hasta el pesado trono de metal del rey, en el centro del pedestal. También está vacío. Por otro lado, yo no esperaba encontrarme con él aquí. Dudo que el nuevo soberano de Dyved haya pasado más que un puñado de minutos sentado durante las últimas semanas... y, desde luego, no ha sido en un mullido asiento ceremonial.

Rodeo la plataforma y me acerco a la pared del fondo de la caverna. Aquí hace incluso más calor; estoy tan cerca de los fosos de fuego que las llamas saltan, altas y hambrientas. Estoy próxima a la fuente de la magia, que retumba sin cesar. Una parte de la pared resalta ligeramente. Tras ella hay escondido un viejo hueco minero que hace las veces de ascensor. Apoyo la palma de la mano sobre la piedra cálida, en un lugar donde un peculiar patrón de muescas cubre la superficie. Es un glifo que talló ahí algún antiguo ancestro. Me basta un breve latido de magia para activarlo. Un brillo llameante se filtra entre mis dedos al tiempo que la losa del suelo a mis pies empieza a elevarse velozmente.

En los últimos meses me he ido acostumbrando algo más a usar la red de ascensores de Caeldera, pero no llega a ser una sensación completamente agradable. Cada vez que me veo rodeada de tierra, se activa mi tendencia innata hacia la claustrofobia. En este instante, mientras asciendo por el hueco minero, me muero de ganas de escapar de aquí. Ansío respirar aire fresco, sentir la luz del sol y ver el cielo despejado. Siento garras en la garganta, uñas afiladas como cuchillas.

El ascensor se detiene con una sacudida que me estremece los huesos. Salgo a una cámara semicerrada desde la que se ve el salón del trono, bastante más abajo. Siento que se me eriza todo el vello del cuerpo como respuesta. Este es un lugar de potente poder natural. El profundo encantamiento que anida en el mismísimo cen-

tro de Anwyvn burbujea aquí hasta la superficie. A mis ojos asoman lágrimas, una reacción imposible de reprimir ante esta densa nube de magia.

A mi alrededor, las paredes curvas y el techo bajo están cubiertos de incontables glifos tallados. Todos resplandecen, como si los iluminara desde dentro el poder más puro. El origen de ese poder está ahí delante, agazapado en el centro de la cámara, con las palmas de las manos apoyadas en el suelo de lava endurecida, emitiendo un latido tras otro.

—Pendefyre —lo llamo en tono suave. Él no levanta la mirada—. Pendefyre —repito de nuevo, más alto.

Ahora sí alza la cabeza de inmediato, pero sigue sin mirarme. De hecho, parece concentrarse aún más, apretar con más firmeza la piedra cubierta de vetas rojas. Cada uno de los nudillos de sus fuertes y bronceadas manos está blanco por la falta de circulación. Las llamas asoman entre sus dedos, recorren ardientes caminos gemelos por sus brazos y prenden una senda por su pecho desnudo, en cuya piel se arremolina un oscuro dibujo de espirales.

La marca de Vestigio del Fuego. Resulta igual de hipnótica que la primera vez que la vi. Se extiende por su pectoral derecho formando un patrón triangular. Pero ahora, mi asombro tiene también un rastro de alarma, porque veo que Penn no deja de entregar más y más de sí mismo a las protecciones que defienden esta ciudad de cualquier peligro. Me quedo ahí plantada durante unos largos segundos, paralizada, la vista consumida por esas llamas hambrientas que le recorren la piel.

«¿Cuánto más de sí puede dar antes de agotarse por completo? ¿Cuánto más puede seguir forzándose antes de ocasionarse un daño permanente?»

No me extraña que Mabon haya venido a buscarme. No me extraña que el Gremio del Ascua esté tan preocupado por su líder. El último Vestigio del Fuego, el rey Vorath, murió aquí mismo, en esta sala, haciendo justo lo que hace Penn ahora. Intentó entregar demasiado poder, se forzó demasiado. Y por ello, perdió la vida.

Por más enojada que esté con Penn debido al mal carácter que tiene últimamente, no puedo quedarme cruzada de brazos mientras se mata en su obsesión por conseguir que Caeldera esté a salvo.

Otra cosa bien distinta es que mis esfuerzos tengan éxito. Aprieto los dientes al recordar la última vez que me encontré plantada en este mismo umbral, a causa de las insistentes súplicas de Jac para que lo acompañara a hablar con él, hace quince días. Ese día, Penn dejó bien clara su postura. Con pelos y señales, y a gritos tan fuertes que bien podría haber derrumbado lo que queda del bastión, Penn nos explicó que lo mejor era que nos ocupáramos de nuestros condenados asuntos y dejáramos de meter la nariz en los suyos.

«Larga vida al rey Pendefyre, el Cabezón.»

Me trago la irritación, que me deja un amargo sabor en la lengua, y doy otro paso vacilante.

—Pendefyre, mírame.

Pero no hay modo de llegar hasta Penn. Está absorto en su tarea, derramando hasta el último resquicio de su poder en las protecciones. Siento una punzada en el corazón al ver cómo se agota hasta quedar seco. Tiene la expresión salvaje, una mezcla de determinación y agonizante desesperación. Su rostro está blanco como la nieve. Un mechón demasiado largo de cabello castaño rizado le cae sobre la frente y oculta sus ojos de la vista. Sin embargo, no necesito vérselos para saber que rezuman magia, que sus iris llamean como carbones al rojo.

Las respiraciones que hago para calmarme tienen el efecto opuesto: me veo sacudida con una provocación embriagadora. La magia de Penn me afecta más de lo que quiero admitir. La marca de Vestigio en mi pecho hormiguea implacable, despierta y alerta, ansiosa por salir a jugar. Yo la ignoro con terquedad. Añadir magia del aire a esta situación sería seguramente como echar una copa de licor sobre una fogata para apagarla.

«Una combustión.»

Un nuevo latido de poder recorre toda la cámara. Veo cómo reverbera por su cuerpo, los músculos de su espalda desnuda se tensan, los tendones de sus brazos se vuelven rígidos. Una magia cruda pasa del interior de Penn a la piedra. Las protecciones a nuestro alrededor laten con una luz digna de una estrella. El latido de magia llega hasta mí. Me flaquean las piernas y se me corta la respiración. Caigo de rodillas con un brusco golpe.

Parpadeo para apartar de mí el dolor y vuelvo a centrar la vista en Penn. Una afilada hoja de pánico me atraviesa. El fuego que le sube por los brazos y se arremolina en su pecho aumenta. Ahora rodea toda su silueta formando un grueso manto de llamas. Él sigue ahí, agachado, en medio de la llameante ola de calor. Se está inmolando ante mis ojos. Entre las llamas al rojo vivo veo que empieza a brotarle sangre de las orejas puntiagudas, sangre que gotea por la ancha columna de su cuello y se agolpa en el hueco rígido de sus clavículas.

—¡Penn! —grito, una súplica entrecortada—. ¡Pendefyre!

Esta vez, no reacciona en absoluto al sonido de mi voz. Está perdido en las oleadas de su propio poder. Tengo que detener esto. Ahora. Antes de que sea tarde. Antes de perderlo.

Aprieto los dientes y me obligo a avanzar centímetro a centímetro, casi a rastras, hasta él. Es como arrastrarse al interior del sol de mediodía. El sudor me chorrea por la espalda, por el cuello. El calor que siento en la cara me abrasa implacable. Cualquier rastro de lágrimas que me asomen a los ojos se evapora en un instante. Los noto secos como la arena del desierto. Cada vez que parpadeo siento un arañazo desagradable. Mis pestañas parecen yesca a punto de prender.

Me pregunto a qué temperatura empezará a arderme la camisa. Sigo arrastrándome por el suelo candente. Noto con los dedos la lava petrificada, tan caliente que creo que podría derretirse, como hace un milenio, la última vez que el volcán entró en erupción. Aparto de mí el dolor y me obligo a seguir avanzando, a cruzar con pasos agónicos el espacio que nos separa.

Lo que frena mi avance no es solo el dolor físico. Siento que se me abrasa hasta el alma, gracias al vínculo del Vestigio que me ata irrevocablemente a Penn. De nuevo, nuestra conexión me calma, me reconforta. Es un lazo inconsciente en el fondo de mi mente que me indica dónde se encuentra y, en momentos puntuales de gran emoción, lo que siente. Es como un aroma a hojas quemadas a lomos de un viento de otoño; puedo percibirlo desde lejos y, de ser necesario, encontrar el camino hasta él.

En este momento, nuestro vínculo no me calma en absoluto. Tampoco me reconforta. Por ahora es una corriente ardiente de energía sin adulterar que traza un camino abrasador entre su corazón y el mío. Dentro de mis propias reservas de magia, en lo más hondo de la tormenta salvaje que se arremolina en mi interior, siento que las plácidas aguas de mi poder empiezan a estremecerse ante el calor de Penn. Todo lo que es frío y está controlado en el centro de mi ser parece de pronto en peligro de incendiarse con una chispa. Para cuando llego al centro de la cámara, tengo que esforzarme por mantener a raya mis propias habilidades destructivas.

—Penn, tienes que parar. —Alzo una mano hacia él, pero la aparto enseguida al sentir la mordedura del dolor; sus llamas me provocan una quemadura en los dedos que me levanta ampollas en la piel—. Penn, por favor. Tienes que escucharme.

El fuego es tan brillante y caliente que resulta difícil incluso ver, y mucho más respirar. Intento tocarlo tres veces más entre la bola de llamas que rodea su cuerpo. Me digo que no es más que dolor, que las quemaduras se curarán rápidamente. Sin embargo, no consigo tocarlo; tengo que apartar la mano de golpe ante la agonía que me provoca el fuego en la piel.

Le brota de las orejas más sangre, que cae a chorros por su pecho. Dentro de la bola de fuego, veo que su piel está blanquísima, como la de un cadáver.

«Por favor», solloza una voz diminuta desde algún lugar de mi interior. «Por favor, Pendefyre. Escúchame. Basta.»

Pero él no me escucha.

No puedo usar mi poder para ayudarlo; sería tan inútil como usar las manos. De pura desesperación, extendiendo la conciencia al vínculo ardiente que nos une. Agarro ese lazo invisible que conecta mi corazón con el suyo, que conecta el fuego con el aire, y empiezo a tirar, como una bobina de hilo sin fin. Es el rollo de su psique hacia la mía.

No sé si va a funcionar, pero entonces veo que las llamas que consumen a Penn empiezan a dispersarse, a menguar, a medida que yo absorbo parte del daño que se está infligiendo a sí mismo. Me muerdo el labio hasta casi hacerme sangre, mis terminaciones nerviosas arden, el tuétano en mis huesos chisporrotea de calor.

«Por los cielos, si esto no es más que una fracción de su poder, cuánto dolor debe de estar sufriendo.»

No voy a soportarlo mucho más sin hacerme daño, pero no tengo alternativa. Aparte de por las orejas, ahora también le mana sangre de los ojos; le corre por las mejillas y gotea de su mandíbula afilada. Así pues, absorbo más poder. Extraigo su fuego y lo llevo hacia mí, lo introduzco en mi interior, hasta que me parece que la sangre de mis venas va a salir ardiendo, hasta que siento que mis extremidades se convierten en leña seca, hasta que cada aliento me quema como si tuviera los pulmones llenos de ascuas.

Canalizo cada resquicio de calor y llamas hacia los rincones más profundos de mi propio poder, donde las corrientes de aire de mi interior soplan con suficiente fuerza como para apagarlo todo. Es una vela al viento, no es rival para mi tormenta. Las llamas que rodean a Penn se siguen debilitando, cada vez más tenues y traslúcidas sobre su piel.

«Más.»

El calor es insoportable. Me parece que mi cuerpo se va a hacer trizas y que mi mente se hundirá ante su fuerza. El mundo se desvanece a mi alrededor, la negrura se cierne en mi periferia. Estoy perdiendo la batalla contra la inconsciencia. Justo antes de que ceda mi último ápice de fuerza, mi voz interior suelta un últi-

mo grito: una plegaria dolorosa y rota hacia el hombre agachado junto a mí.

«Si mueres aquí, me matarás a mí también.»

Me oye. De algún modo, de alguna manera, me oye. Las llamas se apagan con un siseo que reverbera por las paredes. Esa implacable oleada de calor se retira tan rápido que tengo la seguridad de haberlo alucinado todo. En apenas un parpadeo puedo volver a respirar. Doy bocanadas entrecortadas y desesperadas de aire supercaliente..., pero al menos respiro. Contemplo el suelo vetado de lava de la cámara, en el que apoyo manos y rodillas. Me tiemblan las piernas y los brazos del esfuerzo para evitar derrumbarme por completo. Las mangas del sencillo uniforme que llevo para tratar a los pacientes del dispensario están tan abrasadas que será imposible arreglarlas. La piel de mis brazos tiene ese intenso tono escarlata de las quemaduras recién sufridas. Mis dedos están cubiertos de hollín, las puntas ennegrecidas. Contemplo durante un segundo todo el daño que sufrí, y entonces mis brazos y piernas terminan por ceder. Caigo hasta quedar hecha un guiñapo tembloroso.

Pero no llego a tocar el suelo. Dos brazos fuertes me rodean antes del impacto. En lo que dura un aliento, me veo acunada contra un ancho pecho y contemplo el rostro del rey de Dyved, que frunce el ceño.

—En el nombre de todos los demonios, ¿en qué estabas pensando? —gruñe, con una furia que impregna cada palabra.

—Qué manera más rara de darme las gracias por salvarte la vida —espeto en tono ronco, y lo empujo para apartarme de su abrazo; un movimiento del que me arrepiento de inmediato, porque me provoca una nueva oleada de dolor que me sacude de la cabeza a los pies.

—¿Las gracias? Lo que debería darte es una paliza para que tuvieras dos dedos de frente. —Su contacto, absolutamente tierno, contradice esas frases rabiosas. Me sostiene como si estuviera hecha de cristal. Sus grandes manos intentan no aplicar demasiada

presión sobre mi piel destrozada—. Lo que hiciste fue tremendamente arriesgado. Podría haberte matado.

—Y de no haberme arriesgado podrías haberte matado a ti mismo, ¡pedazo de tarado desagradecido!

—Mejor yo que tú.

—No digas eso.

Aún tiene un leve resplandor de magia en los ojos, que se entrelazan con los míos, dos ascuas ardientes, ardientes, ardientes. Es una mirada profunda, con ojeras pronunciadas de cansancio. Todavía le corren por las mejillas restos de sangre, que gotea sobre su pecho.

—Sé que intentabas ayudar —murmura tras una larga pausa—, pero te pusiste en peligro innecesariamente.

—¿Cómo que innecesariamente, Penn? Te habías perdido dentro de la magia. El fuego te estaba consumiendo.

—Lo tenía bajo control.

—No es eso lo que parecía. No me lo parecía a mí, ni a tus hombres, ni a nadie con un par de ojos.

—Estás exagerando.

—Ah, ¿sí? —Niego con la cabeza—. No lo creo. Lo que creo es que, quieras o no admitirlo, estás jugando a un juego peligroso. Te llevas forzosamente tan al límite que es solo cuestión de tiempo que te rompas. Te vas a matar, al igual que le pasó al rey Vorath.

—Como ya te dije —dice él entre dientes—, lo tenía bajo control. Lo habría detenido antes de que la situación llegara demasiado lejos.

—Teniendo en cuenta que estás aquí sentado, cubierto de tu propia sangre, discúlpame si me cuesta creerlo.

Vuelvo a intentar apartarme de su abrazo de un empujón y, esta vez, me suelta. Retrocedo, necesito un poco de distancia. Apenas consigo dar un puñado de pasos hasta detenerme a recuperar el aliento. Apoyo las manos en la cálida piedra para no derribarme. Tardaré aún un poco en sostenerme en pie, pero ya siento que mi cuerpo empieza a sanarse: las ampollas y ronchas que me cubren la piel comienzan a cerrarse y desaparecer.

Mis ojos vuelan de nuevo hacia Penn. Me está mirando con una expresión lúgubre que le tensa la mandíbula. Examina mis heridas, que se sanan con rapidez. A través de nuestro vínculo, siento una serie de fuertes emociones: culpabilidad, dolor, gratitud, ira, anhelo, autodesprecio. Y debajo de todo ello, una ardiente necesidad de venganza que el tiempo no podrá curar. Lo único que podría servir sería rodearle el cuello con las manos a Efnysien y apretar hasta arrebatarle su fuerza vital.

—Estoy preocupada por ti —susurro al fin.

Él se encoge y aparta la vista, con los dientes apretados.

—No hace falta que te preocupes.

—Estás demasiado centrado en las protecciones, Penn. Obsesionado, incluso. No es saludable venir aquí cada día ni agotar así tus poderes.

—Solo me aseguro de que la ciudad esté a salvo. Me parece que, después de todo lo sucedido en Festaflama, mis esfuerzos son comprensibles.

—Nadie pone en duda tus intenciones. Y nadie te culpa por lo que pasó aquella noche.

Él resopla, un sonido amargo.

—¿No?

—No —repito en tono suave—. Nadie. Excepto, quizá, tú mismo.

Su cabeza latiguea hacia mí.

—¿A quién voy a echarle la culpa sino a mí mismo? Fueron mis protecciones las que cayeron. Fue mi poder el que se extinguió. Fui yo quien quedó casi completamente inútil a la hora de defender a mi pueblo, a mi ciudad, de la matanza.

—Incluso sin tus poderes, defendiste la ciudad. Eres el mejor guerrero de Dyved. Quizá el mejor de todas las Tierras Septentrionales.

—Y aun así, no pude mantenerlos a salvo. No pude protegerlos.

—Hiciste todo lo que pudiste...

—¡Y no fue suficiente! —ruge, un sonido que reverbera contra las paredes—. Necesitaban más y yo los decepcioné. No voy a permitir que vuelva a suceder otra vez. No sucederá mientras me quede aliento, mientras haya almas en esta ciudad que necesiten mi protección. —Hace una pausa, jadeando con fuerza—. No descansaré hasta que Efnysien haya muerto, hasta que sus huesos queden desperdigados por los rincones más lejanos de la tierra y el mar.

—Tu gente necesita de ti más que protección, Pendefyre. Buscan en ti fuerza, sí, pero también guía. Liderazgo. Para ellos, eres su héroe y salvador. Eres un rey.

—No es mi nombre el que cantan los trovadores por las calles, sino el tuyo. Rhya. Rhya, la valiente y tormentosa.

Se me calientan las mejillas. No puedo contradecirlo. Desde la batalla empecé a despertar una inexplicable fascinación entre el pueblo. Se cuenta sin parar que controlé a los gigantes de hielo y que, de no haberlo hecho, nos habrían masacrado alegremente a todos. Y cada vez que se cuenta la historia, se añaden más y más detalles ficticios. Para cuando el cuento llegue a los rincones más alejados de Dyved, me temo que dirán que acabé con treinta enemigos con un solo aliento. O que puedo lanzar rayos eléctricos por los ojos y matar a todo un ejército con un parpadeo.

«La tejedora del viento», susurra la gente cuando paso a su lado por la calle. «Portadora de luz.»

«La Vestigio del Aire.»

«La heroína de Caeldera.»

Me echaría a reír si la idea no fuera tan ridícula. No soy ninguna deidad todopoderosa ni digna de que nadie me adore. Carraspeo para quitarme el nudo de pura vergüenza que siento en la garganta.

—A los trovadores les gusta lo dramático. Han exagerado el papel que desempeñé en la batalla hasta proporciones míticas.

La expresión de Penn se oscurece.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—No minimices lo que has hecho por esta ciudad. No te hagas de menos para compensar mis fracasos. Es injusto para ti y condescendiente hacia mí.

Yo entrecierro los ojos.

—Quizá los trovadores no cantarían canciones sobre mi gloria si te dignaras a dejarte ver entre ellos. Quizá si su nuevo rey no se estuviera matando día tras día para asegurar las fronteras, o no pasara todas las noches encerrado en consejos de guerra, o no estuviera aislado derramando poder en las protecciones a cada momento del que dispone, los trovadores también verían lo que has hecho por ellos. Verían lo duro que estás trabajando para mantenerlos de nuevo a salvo. Quizá entonces cantarían canciones sobre ti y no sobre mí.

Hay un latido de silencio. El mismo aire parece aguantar la respiración. Penn se pone de pie. No se mueve, no da ni un paso. Se queda ahí plantado, con las manos apretadas y el pecho desnudo cubierto de sangre, con una expresión tan iracunda que me estremezco.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —pregunta finalmente con voz dura—. ¿Piensas que necesito canciones de los trovadores para recordar mi lugar en los corazones de la gente? ¿Acaso me ves tan débil, tan inestable, que necesito que me vean como a un héroe para ejercer mis responsabilidades?

—¡Pero si dije justo lo contrario! —exclamo, y yo también me pongo de pie, ignorando los espasmos de dolor que me recorren—. Creo que eres demasiado fuerte. Te echas esta carga sobre los hombros tú solo y no permites que nadie te ayude a llevarla. —Mi voz baja un tanto—. Creo que necesitas recordar que hay más razones para vivir aparte de la venganza. Sigue habiendo cosas buenas en el mundo, Pendefyre. Gente buena.

—La mayor parte de la gente buena huyó.

—Otros siguen aquí. Y habrá otros que regresarán con el tiempo.

O eso espero. Que yo haya calculado, solo queda la mitad de la población en la ciudad. Hay quien está demasiado enfermo para viajar, y otros son sencillamente demasiado testarudos para ceder su ciudad a la violencia de unos desconocidos. Sin embargo, después de la batalla hubo un éxodo masivo que dejó la ajetreada capital reducida al esqueleto de lo que fue. Muchos ciudadanos que en su día se sintieron seguros tras las protecciones del cráter parecieron desvanecerse de la noche a la mañana; cargaron tantas pertenencias como pudieron en sus carromatos y carretas y se dirigieron a los rincones lejanos de la meseta dyvedita para vivir aislados. Y, quizá, para intentar olvidar las atrocidades que habían presenciado, los amigos a los que habían perdido.

En mis momentos de mayor cobardía, me he sorprendido deseando unirme a ellos. He pensado en huir al amparo de la oscuridad y despertarme en un lugar completamente distinto, un lugar en el que ideas como la esperanza, la alegría y el compañerismo no parezcan tan pronunciadamente fuera de mi alcance. Sigo sintiendo el impulso, aunque sé que es inútil. Ningún nuevo comienzo borraría lo que hemos pasado. No hay ningún lugar bastante lejano como para huir del daño sufrido. Allá donde vamos, llevamos nuestras cicatrices con nosotros.

Doy un paso hacia Pendefyre, con cuidado de no moverme demasiado rápido ni insistir demasiado. Aún está ardiendo de furia, pero veo el efecto que mis palabras tienen en él. Parte de la ira empieza a menguar y deja a su paso un profundo agotamiento, porque lleva dando demasiado de sí mismo durante los últimos meses. Está verdaderamente agotado. Sus reservas están vacías. Si yo hubiera llegado un poco más tarde...

La mera idea de perderlo me encoge el corazón.

—Pendefyre.

Él cierra con fuerza los ojos al oír su nombre de mis labios. Su expresión es una guerra de emociones contradictorias. Doy otro paso que invade su espacio personal, alargó la mano hacia él —despacio, agónicamente despacio— y entrelazo mis dedos con

los suyos. Son fuertes, callosos, bastante cálidos. Todo su cuerpo se estremece ante mi contacto, como si sus esfuerzos por permanecer completamente inmóvil empezaran a menguar. Pero no se aparta de mí. No, su mano agarra la mía como un hombre que se ahoga agarra una cuerda en medio de las olas. Me pican los ojos al captar la cruda ansia que hay en su contacto, su flagrante urgencia.

—Vamos, ven conmigo. —Le aprieto la mano. Al mismo tiempo, envío un latido por nuestro vínculo, una descarga tranquilizadora—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo decente? ¿O que descansaste más de un par de horas en un catre de los barracones?

No espero a que me responda. Me limito a caminar hacia la salida de la cámara y lo llevo conmigo. Me acerco al ascensor y activo el glifo que nos bajará hasta el salón del trono. Penn no se resiste. Sigue mis pasos con silenciosa obediencia. Y aunque sé que jamás lo admitirá en voz alta, a través del vínculo siento un levísimo resquicio de alivio en él, porque esta decisión —esta única y singular decisión— no cayó sobre sus hombros, pues ya soportan demasiado.

CAPÍTULO DOS



Recorremos un camino sinuoso hasta salir del palacio en ruinas. Lo que en su día duraba pocos minutos ahora nos ocupa casi una hora. Abrirse camino entre los escombros no es tarea sencilla. Hay pasillos que terminan abruptamente en montones de piedras quebradas. Las escalinatas que quedan son demasiado inseguras estructuralmente como para recorrerlas con confianza. Utilizamos varios pasadizos de los sirvientes y corredores cubiertos de detritos, siguiendo una serie de antorchas encendidas que van desde el salón del trono, en las profundidades de la tierra, hasta la superficie.

El aire se vuelve menos estancado a medida que avanzamos. Zarcillos de viento se cuelan por las grietas y fisuras de las magulladas fortificaciones del bastión. Yo respiro un poco mejor a medida que las fuertes garras de la claustrofobia aflojan su agarre mortal alrededor de mi pecho.

Ya no nos queda mucho.

Apretamos el paso al cruzar el gran salón de baile, entre piedras sueltas y argamasa desnuda. Se despejó un estrecho camino durante la desesperada búsqueda de supervivientes, una misión de rescate que se convirtió demasiado pronto en una de recuperación, pues no quedaba nadie con vida a quien rescatar de entre las

rocas, solo cadáveres. El techo está hundido y un agujero se abre a los neblinosos cielos grises. Los escombros de las dos torretas derrumbadas descansan sobre la pista de baile, donde ahora solo los fantasmas giran y hacen piruetas.

El puente cayó, los portones frontales quedaron demolidos y el patio principal es impracticable. La necesidad nos obligó a emplear una terraza lateral poco transitada como punto de entrada. En su día se usaba exclusivamente para las fiestas en el jardín y recepciones de té que organizaba la reina, pero ahora sirve de paso. Al acercarnos, empezamos a cruzarnos con recios soldados vestidos con polvorientos uniformes marrones que se dedican a apartar los escombros pedazo a pedazo. Es una tarea monótona y agotadora; no los envidio cuando veo esos rostros cubiertos de mugre y esos nudillos ensangrentados. Tensan los músculos para alzar gigantescos trozos de roca, a menudo en grupos de dos o tres. Ni siquiera nos prestan atención cuando pasamos junto a sus filas.

Al salir a la terraza entrecierro los ojos para ver entre la niebla. Todo el lugar quedó espectralmente indemne, alejado de la violencia. Sus setos ornamentados están verdes, recién florecidos. Las fuentes de mármol aún borbotan, los caminos embaldosados siguen intactos. Un aberrante gajo de normalidad en medio de la destrucción.

Esta parte del palacio casi no sufrió daños. La torreta sigue en pie, un solitario centinela que se alza al cielo sobre nuestras cabezas. Desde aquí, casi podría fingirse que Festaflama no ha tenido lugar aún. Hasta el lago parece casi normal. Casi. La ilusión se ve perturbada en cierta manera por la pila de escombros que traza una línea en su centro. Esa cicatriz de piedra derrumbada es todo lo que queda de las torretas caídas, con el puente debajo. Y los cadáveres.

Perdimos a muchos.

La niebla de las cataratas cercanas flota sobre la superficie del agua, tan densa que parece un manto de bruma. El estruendo familiar del agua de la cascada ahoga los gruñidos de los soldados,

que descienden con sus pesadas cargas por una leve cuesta, donde se construyó un embarcadero de acceso hecho de madera sobre una irregular pila de escombros. Junto al muelle descansan varias esbeltas barcas de madera, a la espera. La mayoría flota en el agua, atestada de escombros que se llevarán al otro extremo del lago para hacerse cargo de ellos.

Penn me aprieta la mano al acercarnos al muelle improvisado y me ayuda sin palabras a estabilizarme cada vez que mis pies resbalan sobre los tablones empapados. Aquí, tan cerca de las cataratas, todo está cubierto de una gruesa capa de humedad. Penn me ayuda a montarme en una barca y sube hábilmente tras de mí, para luego arrojar las sogas que nos amarran. Durante un rato no se oye ningún sonido excepto el suave murmullo de los remos. Penn nos lleva rápidamente al otro lado del lago, con algún resoplido ocasional de esfuerzo entre sus labios apretados. El silencio entre ambos se tensa con el peso de las palabras que no hemos dicho.

Siento la mirada de Penn, pero mantengo la mía centrada en el otro extremo del lago, cada vez más cerca. Las aguas verdeazuladas lamen con suavidad la arena de la orilla. Me sigue pareciendo extraño ver vacía toda su extensión; no hay pescadores que arrojen pesadas redes a los bajíos, ni que pesquen con cebo en sus cañas desde el puente. Pero tampoco quedan peces que pescar. Todos perecieron junto con los gigantes de hielo cuando las aguas hirvieron. Pasarán generaciones hasta que vuelva a haber nuevos bancos de peces en el lago. Y aun así, dudo que nadie vaya a atreverse a pescarlos. ¿Quién querría medrar en las profundidades de una tumba acuática?

El resto de la capital tiene un aspecto igualmente macabro, en buena parte debido al mal tiempo que hemos tenido últimamente. Las nieblas cubren los huesos rotos de la ciudad y jamás parecen disolverse, ni siquiera cuando la escasa luz de mediodía atraviesa el insistente manto de nubes que flota sobre el cráter. Es un clima desacostumbrado para Caeldera en primavera..., o

eso me han dicho. Por otro lado, hace meses que todo es desacostumbrado.

Nuestro silencio persiste mientras nos acercamos a mis aposentos. Penn parece contentarse con seguirme sin hacer preguntas ni quejarse. Está sumido en una especie de aturdimiento; sus pensamientos, tan distantes como su expresión. Atravesamos el mercado. No hay rastro de la vibrante energía de antaño, que dio paso a la sombría atmósfera de un cementerio. Los adoquines sobre los que los ciudadanos en su día intercambiaban coronas por todo tipo de mercancía siguen manchados con la sangre de aquellos que cayeron aquí bajo las afiladas hojas de las hachas de batalla de los Salteadores.

Algún día, me digo a mí misma, los comerciantes regresarán e intercambiarán monedas y chismes libremente mientras la mercancía cambia de manos. Volverán a llenarse las tardes de especias y risas. Por ahora, sin embargo, al igual que este lugar, todo está espectralmente vacío.

Penn y yo apretamos el paso a la vez tácitamente, porque no queremos pasar aquí más tiempo del necesario. Aparto los ojos de la fuente donde exhaló su último aliento el viejo boticario, y de la parte de la acera donde el zapatero y su esposa murieron, uno en brazos de la otra. Pero no necesito mirar nada para verlo igualmente; esos recuerdos están grabados en mis huesos.

Hace semanas que limpiaron el grueso de los cristales y escombros de las aceras, pero los daños más sustanciales siguen presentes. Hay manzanas enteras entablonadas; sus habitantes murieron o bien escaparon. Aunque los restos de la matanza se hayan limpiado, aunque se hayan despejado los escombros..., no es lo mismo. Me temo que jamás volverá a ser lo mismo. Una sensación lúgubre se adueña de nosotros, igual que esa niebla desacostumbrada que flota por el aire. Ni la niebla ni la sensación muestran señales de que vayan a desaparecer pronto.

Perdida en mis propios pensamientos, casi no me doy cuenta de que ya llegamos a mi puerta hasta que me encuentro con la

mano en el picaporte. Vacilo un instante y abro. Mis ojos vuelan hacia el hombre a mi lado.

—Aquí, eh..., aquí es donde he estado durmiendo —digo. «Asombrosamente hábil, Rhya.»—. Desde que me fui de los barracones, quiero decir.

—Ya lo sé.

«¿Ya lo sabe? ¿Y cómo lo sabe?» No me ha preguntado ni una sola vez dónde me instalé, y tampoco se ha molestado en venir a verme. Supongo que pueden habérselo dicho Farley o Mabon, aunque me sorprendería que se haya molestado en preguntarles. Hace semanas que albergo la dolorosa sospecha de que olvidó por completo mi existencia.

De pronto me cuesta formar palabras, pero me obligo a soltar un puñado de temblorosas sílabas:

—Ah. Bueno, pues... pasa.

Abro la puerta y entro en la tienda tenuemente iluminada sin perder más tiempo. El agradable aroma a plantas secas y telas limpias me envuelve de inmediato, un perfume familiar que me recuerda a mi niñez en Guardamar. La vieja botica de la calle Alta me pareció el mejor sitio en el que refugiarme tras la batalla. El boticario ya no necesita sus pulcras estanterías repletas de ungüentos embotellados ni su inventario tan bien pertrechado de hierbas colgantes. Su espíritu ya ascendió a los cielos y sus cenizas están desperdigadas por el aire. Espero que, dondequiera que esté ahora, no le importe que yo continúe su trabajo ni que me aloje en sus sobrios aposentos.

La escalera de la parte de atrás es muy estrecha y necesita una limpieza. Las botas de Penn levantan pequeñas nubes de polvo al ascender tras de mí. Cada escalón cruje quejumbrosamente bajo su peso. Subimos a la sala y mis ojos recorren todo el espacio atestado. Me fijo en los libros apilados sobre prácticamente todas las superficies horizontales, en los cojines deshilachados del sofá, en los bordes andrajosos de la alfombra. No hay mucha elegancia en el mobiliario. Una suave luz se derrama por los paneles de un gran ventanal; es la única fuente de iluminación.

Penn se para justo en el umbral. No dice nada; se limita a observar en silencio mis aposentos. Sus ojos se detienen en la manta arrugada en la que me envuelvo muchas noches, en la taza de té medio vacía que olvidé lavar con las prisas esta mañana. Registra cada pequeño resquicio de vida como si mereciera un concienzudo estudio.

Yo, a cambio, lo examino a él, y me pregunto por qué es tan difícil encontrar las palabras adecuadas. Me pregunto por qué se instaló esta incomodidad entre los dos, cuándo se convirtió la distancia segura que teníamos en un insalvable abismo de malestar. Y, sobre todo, me pregunto cómo podría cruzarlo.

Dioses, ojalá él dijera algo. Esa taciturnidad persistente me empieza a poner los nervios de punta. Venir aquí fue idea mía y, sin embargo, ahora que llegamos..., siento como si hubiera traído a un lobo feroz a mi sala, sin haber trazado un plan para domesticarlo.

Esos ojos oscuros y resueltos completan el escrutinio y vuelven a centrarse en los míos. Me quedo sin aliento cuando nuestras miradas se entrelazan. Todo el aire en mis pulmones queda consumido por una intensa llama que cobra vida en lo más profundo de mis entrañas.

—Espera un momento aquí, ¿de acuerdo? —Me sale la voz estrangulada—. Ponte cómodo. Vuelvo enseguida.

Me escapo a la cocina como una fugitiva en plena huida. «Rhya, por su cobardía la conocerán.» La despensa del boticario no tiene nada digno de un festín real. Aun así, dudo que a Penn le importe la vida frugal que he estado llevando durante estas últimas semanas. Puede que ahora sea un rey, pero en su corazón siempre será un soldado. En el camino, a la intemperie, lo he visto devorar una liebre hasta los huesos, comer tiras de venado y hogazas rancias sin un solo murmullo de queja.

Preparo una comida sencilla con todo lo que tengo en la despensa. Mientras el arroz se calienta en el hornillo, echo mano de un paño, lo mojo y me lo llevo de la cocina, goteando sobre los ta-

blones a cada paso que doy. Los ojos de Penn se alzan hacia mí en cuanto aparezco en la sala y me recorren de la cabeza a los pies. Parece catalogar cada mancha de sangre seca y cada tajo en este uniforme de trabajo que no es de mi talla. En su día, estas prendas debieron de pertenecer a uno de los jóvenes novicios del Gremio de la Vida; quizá a algún chico adolescente, teniendo en cuenta estos pantalones tan toscos y la costura sencilla. Aun así, para mis propósitos me viene de maravilla. Raro es el día en el que alguien no me tose, sangra o vomita encima en algún momento de mi turno en el dispensario.

Penn está sentado en el raído sofá. En las manos tiene el libro que me pasé toda la noche estudiando a la luz de las velas, un pesado tomo de hierbas medicinales y sus numerosos usos. Las estanterías de la pared del fondo están repletas de volúmenes similares. En manos de Penn, el libro me resulta extraño. Esas manos parecen más adecuadas para enarbolar espadas y lanzar puñetazos. Apenas he tenido oportunidad de verlo hacer algo tan mundano como pasar una página o recorrer con el dedo la forma de una palabra. La estampa me impacta en algún punto entre las costillas, un golpe directo al corazón.

Penn sigue descamisado, tapado solo con sus pantalones negros. Metida en la bota lleva una ornamentada daga adornada con glifos, gemela de la que yo misma llevo a menudo. En este momento, su tranquilizador peso cuelga envainado en mi muslo izquierdo. Rara vez voy a ninguna parte sin ella. Cuando consigo dormir, la dejo a la mano, en el buró o debajo de la almohada.

—Toma... —Alzo el paño mojado—. Pensé que a lo mejor querías...

Él eleva las cejas en una pregunta silenciosa. Yo me acerco a él y me arrodillo en el suelo a sus pies. Inhala entre dientes al comprender mis intenciones. Se inclina levemente hacia delante, apoya los codos en las rodillas y baja el rostro hasta ponerlo a la altura del mío. Nuestras miradas se entrelazan durante un momento eléctrico. En lo más profundo de sus ojos aún llamea un calor acu-

mulado. Yo me esfuerzo por dejar la expresión neutra; recurro a toda mi experiencia como sanadora para mantener la compostura. Aun así, necesito hacer un gran esfuerzo para que no me tiemble la mano al llevarle el paño hasta la cara.

Penn aprieta con fuerza los dientes mientras yo empiezo a limpiarle la sangre de la piel. La tiene encostrada bajo los ojos, en los frágiles huecos bajo las orejas. Yo me aplico metódicamente; paso de sus pómulos a la mandíbula, por la bronceada columna que es su garganta, por el pecho. Una única gota se ha secado justo sobre su marca de Vestigio, donde la piel resalta un poco, como si fuera la cicatriz de una marca de fuego. Esa gota es lo último que limpio. Los remolinos y espirales están calientes como la fiebre al contacto de mis dedos. Penn tiembla cuando toco la marca. Esa parte de su piel, lo sé bien, es hipersensible. Para cuando termino, el paño blanco está manchado por completo de rojo sangre y los dos tenemos la respiración alterada.

—Listo —murmuro, porque no se me ocurre nada mejor que decir.

Empiezo a apartarme, pero Penn me agarra de la muñeca antes de que yo lo vea siquiera moverse. Alzo los ojos hacia los suyos.

—Gracias —dice con voz entrecortada. Sé que no se refiere únicamente al paño.

—De nada.

Trago saliva. Hace más de un mes que no estoy tan cerca de él. Desde la batalla, apenas se ha cruzado en mi camino. Más bien parece apartarse del suyo para evitar mi presencia. Aun así, no puedo olvidar la última vez que estuvimos juntos a solas. La última vez que me tocó. El acalorado intercambio que tuvimos la noche de Festa-flama está grabado a fuego en mi mente, demasiado profundo como para expulsarlo, por más que ahora me esté evitando.

«¿Es que no lo entiendes?», susurra su voz en mi memoria. «Me destrozaste... por completo...»

Cuando cierro los ojos, casi recuerdo el sabor de su boca al devorar la mía. El tacto de sus manos callosas que buscaban mi

piel más sensible. El canal de pura ansia que recorría nuestro vínculo, un exquisito tormento de lujuria que ninguno de los dos tenía fuerzas para negar.

Podría convencerme de que me lo imaginé, de no ser por esta extraña y nueva tensión que electrifica el aire entre nosotros ahora que Penn me toca la piel con la mano y nuestros rostros están a un pelo de distancia. No, todo fue real. Ese momento aislado de pasión en el mirador sobre la ciudad mientras estallaban los fuegos artificiales en el cielo sucedió de verdad..., aunque Penn no quiera reconocerlo.

Me muerdo con fuerza el labio inferior al tiempo que los recuerdos me inundan. Penn baja la vista hasta mi boca al captar el movimiento, y ahí la deja fija. Lo estoy bloqueando tanto como puedo en nuestro vínculo, intentando contener mis emociones desatadas tras mis escudos mentales, para que no se derramen sobre él. Sin embargo, a juzgar por el modo en que me mira, me pregunto si estaré teniendo éxito en la empresa.

Aunque empieza a dárseme mejor silenciar mis emociones, aún no las domino del todo. No tanto como Penn. Excepto en las ocasiones más desacostumbradas —o bien cuando expulsa tanta magia que no puede permitirse mantener esos bastiones impenetrables—, rara vez me deja ver cómo se siente. Sus sentimientos genuinos siguen siendo un absoluto misterio. Sea lo que sea lo que siente por mí, sea lo que sea lo que quiere de mí..., no me lo dice. Al menos voluntariamente.

Parte de mí desea preguntarle si mis sospechas son ciertas. Si se arrepiente de haber permitido que flaqueara su rígido sentido del autocontrol lo suficiente como para mostrar sus verdaderos deseos. Si se arrepiente de lo cerca que estuvimos esa noche de cruzar una línea irrevocable. Sin embargo, cuando intento preguntárselo, compruebo que las palabras no me salen.

—Voy a sacar el arroz del fuego —es lo que digo, en cambio, con un hilo de voz—. Estarás hambriento. Mabon dice que no comes nada.

Penn emite un gruñido evasivo y me suelta. El momento ya se rompió, y yo prácticamente regreso a la carrera hasta la cocina y me centro en la comida. Apenas un cuarto de hora después, vuelvo a la sala con una bandeja llena: pan recién hecho, queso, un cuenco humeante de arroz de grano largo y algunas de las manzanas que he estado reservando para una ocasión especial. Poco a poco, el comercio empieza a reactivarse, pero durante varias semanas después del ataque, no entró ni salió mercancía alguna de la ciudad. Aún pasará algún tiempo hasta que la situación recupere la normalidad.

Me quedo inmóvil en la puerta. Penn está profundamente dormido en el sofá, desparramado en lo que no puede ser una postura del todo cómoda, con las botas aún puestas y anudadas y el torso retorcido sobre los cojines. El agotamiento en su cara es tan evidente que no puedo obligarme a molestarlo. Me pregunto cuánto tiempo hace desde la última vez que durmió una noche entera. Mi propio insomnio me deja cansada y quebradiza, pero las cargas que yo soporto no son nada comparadas con las suyas.

Salgo de la estancia y dejo la comida intacta sobre la barra de la cocina. De puntitas, regreso a la sala, cubro a Penn con una gastada manta de lana y apago los quinqués. Ya hablaremos más por la mañana, decido. Tomo un poco de comida y me la zampo en la cocina oscurecida, tras lo cual me voy a mi dormitorio y leo hasta que caigo en un sueño inquieto.

«Mañana.»

Mañana discutiremos nuestra relación y todo lo que llevamos los últimos dos meses evitando. Mañana se resolverá todo. Estoy segura de ello.

Sin embargo, cuando me despierto a la mañana siguiente, el sofá está vacío y la manta de lana, pulcramente doblada. Pendefyre se fue hace mucho...

No solo se fue de mis aposentos, sino que se marchó de la ciudad. Ahora no es más que un resquicio de llama en un viento lejano en algún lugar más allá del borde del cráter, cada vez más débil.